

La calle para el martes 10 de mayo de 2011

Diario de un espectador

Palabras en el Zócalo

Miguel ángel granados chapa

Las artes alimentaron el espíritu de quienes caminaron de Cuernavaca a México la semana pasada. En las dos noches morelenses hubo festivales culturales mientras los manifestantes descansaban antes de reemprender la ruta a la mañana siguiente. En la tarde del sábado, la marcha fue recibida por el Réquiem de Mozart, un espontáneo modo de solidarizarse de músicos y cantantes universitarios con los dolientes que exponían sus cuitas.

Esa misma noche, sin relación directa con la caravana que ya estaba en los predios de la UNAM, y obviamente sin quererlo así, la Academia mexicana de ciencias y artes cinematográficas hizo su propia aportación a la causa de los peregrinos. De los catorce Arieles que entregó el sábado, nueve fueron alcanzados por participantes en *El infierno*, esa metáfora que no lo parece sino que es copia fiel de su original. Aunque el país infernal descrito en esa película de Luis Estrada se llama san Miguel Narcotitlán, son las pústulas del nuestro las allí exhibidas. La premiación vino a recordar, como si hiciera falta, que la marcha tenía poderosas razones que exponer en la plaza de la Constitución.

El propio Estado recibió los premios a la mejor dirección y a la mejor película. Damián Alcázar, que hace el papel principal en esa cinta fue galardonado por ser el mejor actor, y Joaquín Cosío, el *Cochiloco* de la misma cinta, por la mejor coactuación masculina. Por su trabajo en esa cinta recibieron los premios al diseño de arte, Salvador Parra y María José Pizarro; por el mejor sonido, Pablo Lach, Miguel Hernández, Miguel Molina y Santiago Núñez; por mejor música original, Alejandro Giacoman, y por mejor edición, Mariana Rodríguez.

La marcha del silencio terminó a fuerza de palabras. Las ejerció David Huerta, un poeta con personalidad y voz propia. Pero no sobra decir, y estoy seguro que a él no le importa que se recuerde, que es hijo de Efraín Huerta, uno de nuestros mayores creadores poéticos. David Huerta cerró la fiesta cívica en que se convirtió la marcha por la paz con justicia y dignidad convocada por Javier Sicilia.

David Huerta leyó estas líneas escritas por él mismo. Se titulan "Contra los muros" y dicen así:

"Contra los muros se encienden los nervios,/ un cuerpo avanza y otro se dobla, retrocede/ con una vibración de quemadura y estallido.

"Contra los muros, el impacto y la llaga,/ el sudor y la lágrima, la exhalación del miedo y el velo crispado del dolor,/ el frenético buscar y rebuscar del dinero,/ las armas cortas y largas, la bocanada de las sombras.

“Contra los muros se aprietan los miembros del cuerpo atemorizado/  
y bajo el cielo se alzan los remolinos y las manos se abren y las injurias/  
se diseminan entre la confusión y el vértigo.

“Contra los muros vuelve a nacer la espiga del sueño,/ luego de una  
larga caminata se construye/ la serie luminosa de los conocimientos, los  
brazos y las piernas adquieren el aspecto/ de cosas duras y angustiosas,  
apenas esperanzadas,/ las presencias y los objetos fluyen hasta los lugares  
sagrados, las fuentes frescas, las luces nutritivas.

“Contra los muros, el recuerdo del fuego maldito/ en la carne  
doliente de los niños, / y la silueta de la muchacha sobre la multitud.  
México sigue soñando/ pesadillas, contra los muros, exhausto, sin aliento.”

Antes Javier Sicilia había dicho palabras poderosas, irrefutables, que  
no se pueden contestar con mentiras y retórica